
Tribulaciones de un soñador

En la vida siempre hay un momento estelar; el mío fue en la infancia y se extendió parcialmente en la pubertad, cuando las personas que me miraban, decían: ¡Qué niño hermoso!

Durante el comienzo de mi adolescencia, mi fatuidad era incrementada a diario con la irresistible atracción que ejercía sobre las chavalas del barrio, mis compañeritas del Colegio Público Virgen de los Remedios y aún con las maestras. Atracción que, acorde a la edad que estaba atravesando —bien llamada “edad del pavo”—, jamás me atreví a explotar debido a mi innata timidez. Aunque, en forma inconsciente, me aprovechaba de mi facha para que las maestras no me aplazaran cuando pasaba al frente y no sabía lo que debería saber; les daba lástima poner una mala nota al angelito rubio de sonrisa adorable.

Me sentía orgulloso de mi cabello ensortijado —que mi madre intentaba aplastar y yo desordenaba apenas salía de casa—, de mis ojos claros, que trataba de abrir grandes para que pudieran ser admirados, de mis dientes parejos, que exhibía en mis seductoras sonrisas. Ese orgullo, mantenido desde el origen de mis recuerdos, el romance de mi ego con la pródiga naturaleza, duró hasta los trece años. Porque, a partir de allí, mi cuerpo se olvidó de crecer. Así, el serafín dorado de la sonrisa pronta se fue convirtiendo en Petiso, Tapón, Enano, Corchito, Elena —contracción de “El enano”—, Feto y, no pocas veces, en “Cuarto litro con estafa”. ¡Justo a la edad en que podía haber aprovechado la pinta para tener éxito en el levante, a mi cuerpo se le ocurre hacerle un piquete al desarrollo!

A medida que pasaba el tiempo e iba siendo relegado aún por aquellos a quienes

en algún momento había llamado despectivamente enanos, mi timidez y depresión iban creciendo en forma superlativa. Para colmo de males, el acné parecía haberse dado cita en mi cara y se iba extendiendo con unos bríos incontrolables.

Al principio de esos brotes espectaculares, me pasaba horas frente al espejo tratando de reventar cada pústula infecta para luego fregarme rabioso con una esponja dura enjabonada. Pero parecía que cada operación que emprendía en mi lacerado rostro determinaba una erupción descontrolada y el nacimiento de nuevos cráteres invasores. Fue así que abandoné mis esfuerzos. Quedaron relegadas al olvido mis frecuentes y largas estancias frente al espejo: durante la niñez, cual Narciso redivivo; llegada la conflictiva pubertad, para comprobar amedrentado los estragos producidos en mi cara. Desahuciado, declaré mi naciente aversión hacia la “auto-contemplación” y quité de mi dormitorio el gran espejo oval.

Cómo sería mi desesperación, que llegué a pensar en usar una máscara, como el fantasma de la Ópera; pero no lo hice considerando que la gente agregaría el mote de “ridículo” al apelativo ya arraigado en forma definitiva de “petiso”. Este sobrenombre me molestaba mucho, pero lo soportaba con una sonrisa, temeroso de que, al demostrar enojo, los que así me llamaban se encarnizaran hasta transformar el apodo amistoso en burla cruel.

Tío Pepe fue, en su juventud, profesor de educación física y un fanático fisiculturista. Aún conserva en una sala amplia donde dictaba sus clases, bancos de pesas, paralelas, barra y espalderas. Diariamente iba a colgarme de la barra o de las espalderas para intentar un estiramiento de mi porfiado esqueleto. Llegué a aguantar más de quince minutos, para terminar con las manos entumecidas por el esfuerzo. El resto del tiempo hacía ejercicios en todos los aparatos y practicaba “tensión dinámica”, una serie de ejercicios recomendados por el musculoso Charles Atlas, que había sido un alfeñique de

cuarenta y cuatro kilos. Eso era yo, un alfeñique con un kilo menos de lo que pesaba mi ídolo y un rostro aniñado, imberbe y cubierto de granos que ya alcanzaban la categoría de espantosos forúnculos.

La forzada abstinencia sexual —motivada por el cruel ensañamiento de la voluble naturaleza— me provocó no pocos trastornos: Durante un tiempo considerable abandoné la “tensión dinámica” y mis saludables ejercicios en el gimnasio para transformarme en un ferviente devoto de Onán; practicaba asiduamente la liturgia con verdadero amor propio y un entusiasmo digno de encomio. Luego, el temor a que me crecieran pelos en las palmas, ser condenado al fuego eterno, enfermar de tuberculosis o quedarme ciego, hizo que abandonara esta apasionante práctica artesanal.

Si bien había conseguido interrumpir mi pertinaz consagración a la “autoayuda” manteniendo alejadas las manos del pecado, mis tribulaciones continuaban; todas las noches soñaba con aquella compañerita que me había convidado con un caramelo, con la chica de al lado a la que había rozado mientras hojeábamos una revista, o con mi prima luego de jugar al doctor durante las interminables siestas de “los grandes”. Las sensaciones percibidas durante el sueño —visuales, táctiles, auditivas y aún olfativas— eran de tal perfección y magnitud que se transformaban en verdaderas vivencias que opacaban la realidad. Me sentía un soñador privilegiado.

Esta capacidad la heredé de mi abuelo materno que, luego de soñar que caminaba por un desierto hasta morir de hambre y de sed, se convenció de que estaba muerto; porfiado, compró un ataúd, se metió en él y no lo abandonó hasta que el sueño se hizo realidad. En mi caso, sufrí algunos contratiempos aunque ninguno de final tan drástico. Viví una época en que, mientras el profesor dictaba la clase, soñaba que nadaba largos trechos; en una piscina, en un lago, en el río, en el mar. Comencé a suspender asignaturas por un lado, y por otro, aprendí a nadar. Los estilos llegaron a ser perfectos, tanto

crol, como pecho, espalda o mariposa. Los saltos ornamentales eran impecables. Claro que estas habilidades fueron tan sólo oníricas. Pero las imágenes soñadas eran tan reales, que estaba convencido de haberlas vivido. Confiado en mis experiencias natáti-les, pretendí sorprender a mis amigos con un triple mortal y medio, carpado—lamentablemente, despierto— tirándome al río Guadiana desde el puente que lo cruza. Lo único que casi resultó cierto fue lo de mortal. Entre cuatro me sacaron semiahogado, luego de tragar una buena cantidad de agua. En otra oportunidad, la fractura de una costilla fue el resultado de la embestida de un ternero —un toro de lidia, para mi fantasía—, luego de soñar que era un diestro con traje de luces, muleta y estoque.

A esta edad, la clase de sueños eróticos que habían anidado en mi mente sólo podían acabar en un final previsible. Mi temor a debilitarme hasta volverme tuberculoso o quedarme ciego me angustiaba cada despertar. No me atrevía a confiar mis miedos y pedir consejo a mis amigos, porque los juzgaba tan ignorantes como yo; a mi padre ni pensarlo, porque era una figura distante cuyas únicas pasiones eran el auto y las diez y siete armas de fuego que atesoraba con especial celo. Decidí entonces, tras muchas vacilaciones y una gran vergüenza, confiar en mi madre. Ella me aconsejó que volviera al gimnasio, que practicara deportes y que me mantuviera libre de pensamientos impuros; de todas formas me aseguró que esos “accidentes” eran normales y que, de ninguna manera, podrían originar ninguna enfermedad.

Me sentí tan aliviado que a partir de entonces cambié radicalmente mis costumbres. En lugar de preservar mi imaginación de aquellos pensamientos que mi madre calificó de impuros, me sumergí en ellos, libre de culpas y temores. Todas las noches, cuando me acostaba, me dejaba llevar por los deseos que me acosaban: me figuraba con las chicas que me gustaban y que no me atrevía a encarar —o que ya me habían rechazado— en situaciones placenteras y excitantes. Al dormirme con estas imágenes, lograba “vivir” en

sueños lo que no podía concretar en la realidad.

Así pasé toda la adolescencia y juventud con un floreciente acné, la estancada estatura de los trece años y el mismo peso de Charles Atlas antes de descubrir la panacea desarrollista. Por fortuna, estos contratiempos corporales no me afectaban, ya que la intensidad de las ensoñaciones, compensaba mi pasiva existencia.

Anhelaba convertirme en astro del fútbol; pero la rebeldía del cuerpo mezquino, que se negaba a realizar los regates que mi mente le dictaba, determinaron que me concentrara y soñara en cualquier circunstancia: En clase, o cuando “escuchaba” el regaño frecuente de papá afirmando que vivía en la luna. En esos sueños, me convertía en el mejor jugador de la cancha, en el goleador del campeonato, ídolo aclamado por la fiel hinchada.

Eran tales las proezas soñadas que, cuando las contaba a los amigos como si fueran reales, escuchaban con admiración y envidiaban mi suerte. Hasta yo las creía. Entonces dejaba de ser “enano” o “pitufo”, para elevarme al rango de “tigre”, “macho” o “campeón”.

Transcurridos los primeros años juveniles —y no habiendo madurado demasiado—, abandoné la casa paterna, ingresé en el Ayuntamiento de Casas de Don Pedro y me casé con la primera que me dio pelota. En realidad, creí hacer un excelente negocio. En esa época, casi la totalidad de mis magros haberes estaban destinados al pago de la pensión donde vivía; y ella era propietaria de un cómodo y tentador apartamento. Tarde comprendí el error. Con la solitaria y feliz vida que llevaba, nunca entendí cómo pude caer en las redes de una bruja tan fiera. Supuse que la realidad podría parecerse a los sueños; pero jamás se aproximó.

El carácter tierno y apacible de la arpía duró el tiempo del cortejo. Tarde pude comprender que había sido presa fácil de una hábil e hipócrita perdiguera. Apenas ella

tuvo en su poder la libreta de “cazamiento”, comenzó a afilar uñas y dientes para el resto de la convivencia. Había comprendido que mi cortedad de genio y el carácter pacífico, impedirían rebelarme contra su personalidad despótica e inconvencional.

Fea sin remedio, la única forma de llegar a culminar con éxito los sacrificados encuentros sexuales era a oscuras e imaginando que ese cuerpo que se ofrecía a mis caricias pertenecía a Sonia, la inquietante adolescente recién ingresada a la oficina con un alegre currículum obtenido en el apartamento pirata de un concejal.

Esta práctica de tan íntimo contacto, la amplí a otras situaciones; por ejemplo, cuando mi mujer me dirigía la palabra y no quedaba otra opción que escucharla. Evocaba a Sonia y era ella quien hablaba. Lo único que debía tener en cuenta era no mirarla, para no caer en la deplorable realidad. Era tal la concentración, que a mis oídos llegaba la voz juvenil de Sonia mientras me tentaba, lasciva, haciendo estallar globos de chicle en la boca entreabierta (Tarea a la que la niña dedicaba la mayor parte del tiempo).

Un día, caminando por la Playa de los Calicantos —abstraído en mis particulares ensoñaciones—, “viví” un momento sublime: Estaba jugando el Campeonato Mundial de Fútbol con la camiseta número diez de la Selección Española; luego de varios regates geniales burlando la defensa y de vencer la portería adversaria con dos poderosos tiros rasantes a la base del poste y un imparable gol de vaselina, el árbitro pitó el final. ¡Nos habíamos clasificado campeones!

La emoción por el trabajo magistral realizado en la cancha y la hinchada que, eufórica, me llevaba en vilo aplaudiendo, me hizo romper en llanto. Cuando vi la cara preocupada de la multitud que me estaba trasladando, desperté a la realidad para comprender que mi talla mezquina, las lágrimas y el reiterado deambular, habían determinado que me confundieran con un niño extraviado. Por primera vez pensé en terminar con las fantasías.

Esta mañana ocurrieron dos hechos que me conmovieron. Uno fue con mi mujer, que vino a la oficina y, como hacía meses que no la miraba, no la reconocí y le pregunté:

— ¿Qué desea?

Otro fue con Sonia, a la que arrinconé en el baño de mujeres y le dije:

— ¡Pásame el chicle, guapa!

Todavía duele el puñetazo que me dio. Sin trabajo y en la calle, no sé si vale la pena seguir soñando.

Seudónimo: **SELENITA**